



*Glaciar Brouillard*

mi pequeña tienda de nylon, ha sido porque algún extraño vivac, lleno de humedad o sobre un lecho de afiladas piedras, lo ha suplido. Ahora cuando me encuentro en una amplia habitación, calentada por una estufa, dentro de una cama ¡con sábanas blancas y limpias! resulta que me murmuran algo al oído e inmediatamente me dispongo a abandonar mi paraíso y a salir a la noche y al frío a convertirme en un pequeño reflejo de linterna que avanza por el glaciar y quiere subir a la punta de un monte...

Me prometo no volver a perder nunca más el tiempo, tratando de explicar «el porqué» de algo que desconozco.

Las primeras maniobras con las cuerdas, las tenemos que realizar al poner pie en el pequeño glaciar de Chatelet. El terreno es sencillo, todo se reduce a caminar sobre la nieve con los crampones puestos y sin mayor problema. No obstante, las grandes grietas que vemos a la luz de nuestras frontales, nos ponen en sobreaviso de esas otras

que pueden estar escondidas bajo la nieve. Tenemos que tomar la precaución de avanzar encordados, en disposición de poder sujetar una posible caída del compañero a quien precipitadamente le faltara el suelo.

No mucho más tarde del amanecer y cuando falta poco para que lleguemos a la rimaya del collado del Freney, nuestra monótona marcha se ve interrumpida por unas placas de hielo, que nos obligan a prestar especial cuidado.

Una maniobra falsa, cuando intento colocar un precioso tornillo de hielo, hace que este se me escape de la mano. José Luis, al otro extremo de la cuerda, grita que lo ha visto pararse unos sesenta metros más abajo, junto a una piedra.

No tenemos prisa y se impone el recogerlo.

¡Qué suerte! Con este incedente Miguel Angel y el otro José Luis se nos han adelantado y ahora podemos disfrutar observándolos como batallan frenéticamente, en la ri-



*En el Glaciar Chatelet*

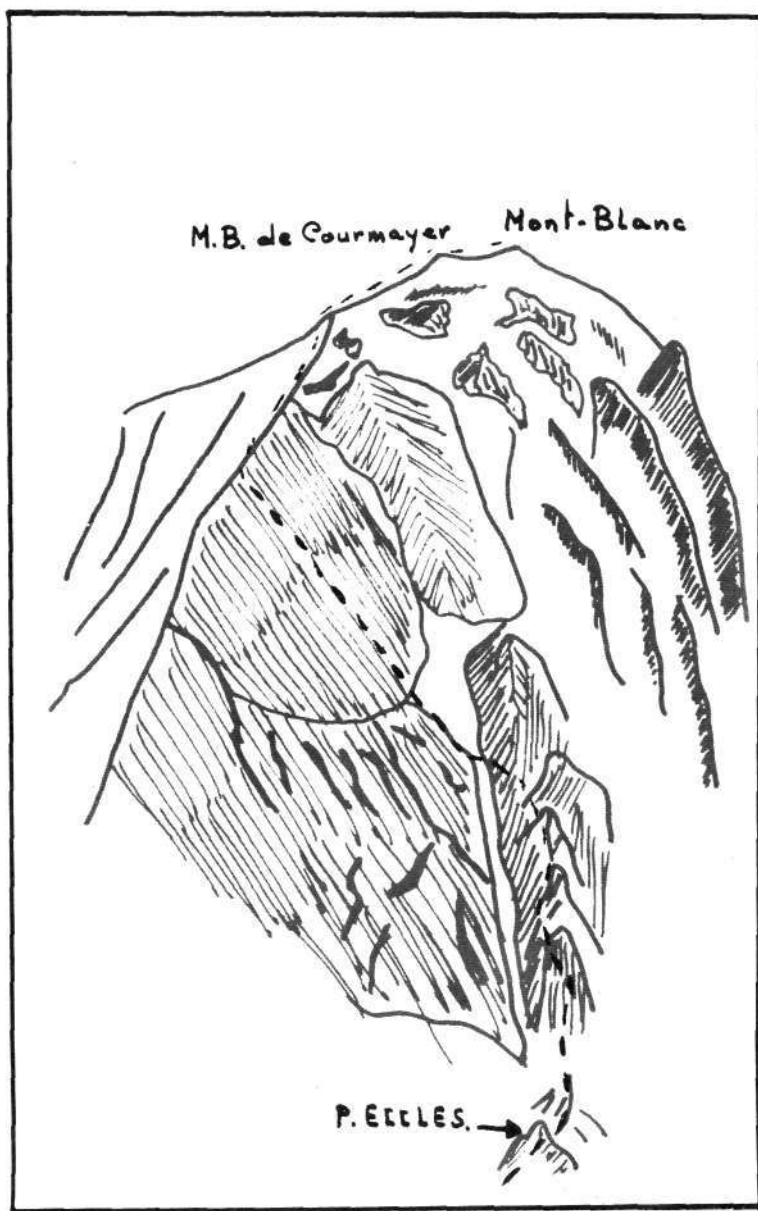
maya que tenemos cien metros encima. Desde luego ya sabemos por dónde no tenemos que ir.

Apenas una hora después, nos hallamos los cuatro en el pequeño refugio vivac de la Punta Eccles. Son tan solo las nueve de la mañana y sin embargo por hoy ya basta. Aquí el trabajar de día y descansar de noche, no tiene significado. El sol y las avalanchas mandan; nosotros obedecemos.

Es el momento de admirar La Blanca, La

Negra, Peuterey, los pilares del Freney... todo eso que no quiero atreverme a descubrir.

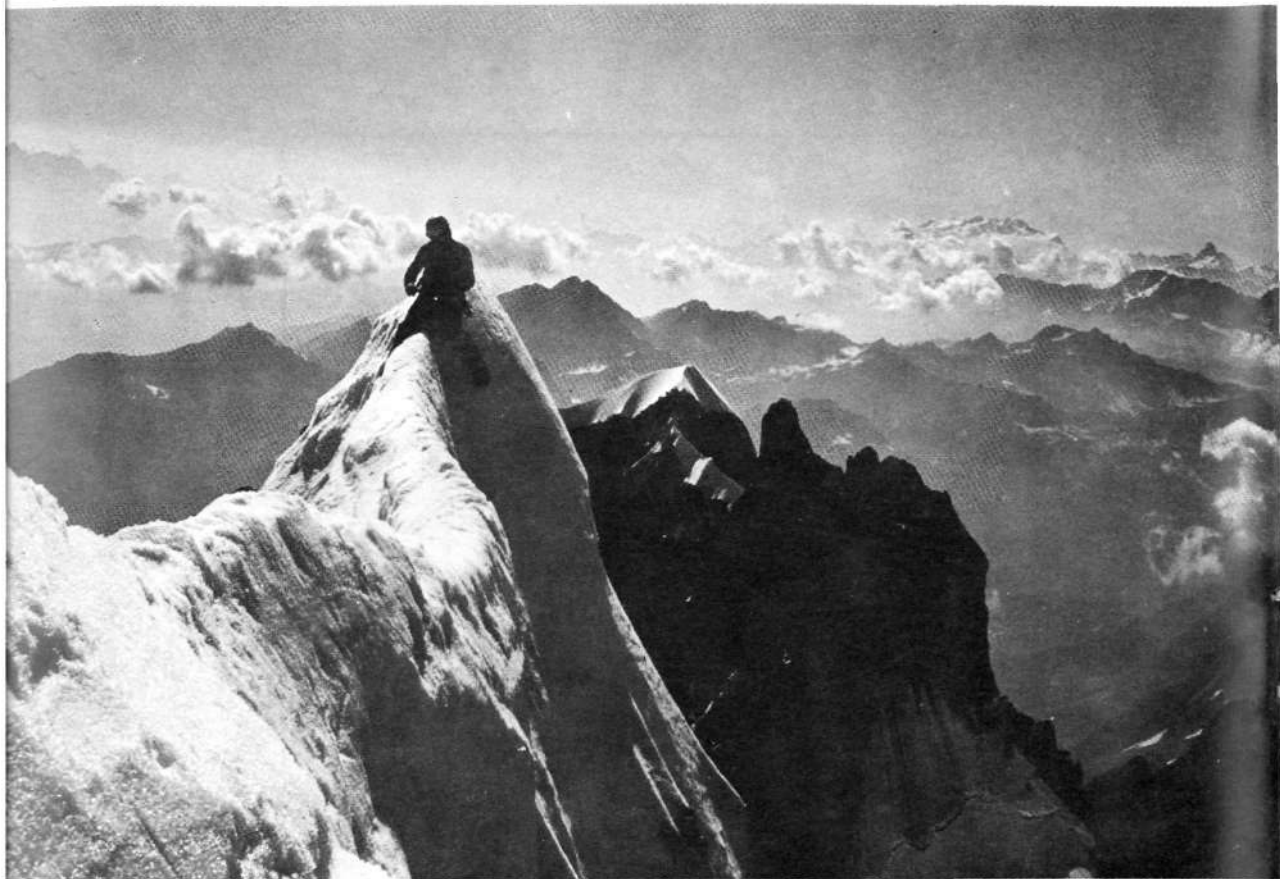
Las tres de la madrugada nos pilla —bien comidos y dormidos— encaramándonos por la pequeña puerta de nuestro refugio. Otra vez a oscuras, con la puerta que se mueve y las puntas de los crampones amenazando mis pantalones, no sé como encaramarme a ese bloque de oscuro granito que tengo encima. Resuelvo mi problema y resoplando por el esfuerzo, vuelvo la cabeza y diri-



jo el haz de luz de la frontal al marco de esa puerta que ahora está casi diez metros debajo de mí. De él veo salir una cuerda. Me los imagino en el saco asegurándome. ¡Me sonrío! yo ya he entrado en calor; en seguida sus risas van a ser las mías.

Llegar a la punta Eccles, por una zona

mixta de roca y nieve, que en su mayor dificultad apenas alcanza el III grado, no debiera habernos llevado más de una hora. En cambio, gracias a la oscuridad y a unas curiosas huellas que, aún hoy, no me explico a dónde iban, tres horas es lo que nos ha costado hacerlo. Si hasta aquí la as-



### *Pasada la Punta Eccles*

censión ha resultado muy bonita, a partir de ahora sí que no hay ni un solo metro que desperdiciar.

El descenso de la punta Eccles y el paso del estrecho collado del mismo nombre, sobre los inmensos vacíos de la vertiente del glaciar del Freney a la derecha y el del Brouillard a la izquierda nos sitúa de golpe en un terreno absolutamente salvaje. La visión que se nos presenta es un caos de masas de roca aprisionada entre moles de hielo de dimensiones enormes... Progresar en este marco es algo casi irreal. Cada paso que damos es distinto al anterior. Unas sólidas torres de granito nos dan esa sensación que se experimenta al izarse por figuras geométricas de escalada atlética entre grandes bloques verticales, que no pasan del IV grado, pero que obligan a un gran esfuerzo a la hora de superarlos.

En seguida los crampones... hay que pasar a caballo, estrechas cornisas de hielo, que son el sùmmum de belleza... Luego, grandes contrafuertes con tanta roca como nie-

ve que hacen que nos olvidemos de cuando tenemos en los pies los crampones y cuando no.

A la altura aproximada de 4.250 mts. hay que jugar «al tiro al blanco»: debajo de un muro desplomado tenemos que escondernos y observar la caída de piedras, que a pocos metros pasan silbando por el corredor de hielo que vamos a atravesar. Cuando parece que se despistan un poco ¡a correr!... José Luis casi se despista también.

Una vez a la izquierda del gran corredor nos dirigimos a la arista que se recorta en el cielo al Oeste. Un corredor de hielo nos pone en ella... otro nuevo mundo se nos abre.

Espolones de roca, palas de nieve, arista de hielo, crampones en las botas, en la mochila... y la cumbre del Mont-Blanc resulta que nunca es «ese montículo más alto» que vemos ahí delante. Cuando alcanzamos la arista del Brouillard, nos damos cuenta de que aún falta más de lo que pensábamos.

El día que hasta ahora ha estado despejado, se empieza a cubrir de nubes y se nos muestra amenazante. Sabemos que una tormenta en la cumbre del Mont-Blanc, es algo terrible y que la arista de la Innominata a esta altura no tiene ninguna barrera que la defienda del viento del Oeste.

Esto nos asusta y no nos deja pensar en que estamos cansados. Si hay pocas fuerzas ¡peor para ellas! La última carrera nos lleva por fin a la cumbre del Mont-Blanc.

Ya no importa el mal tiempo, ni el cansancio, ni el frío, ni... Todo eso acaba de desaparecer.

Courmayeur ha quedado muy lejos. La palabra Innominata que cubre esta distancia es ya algo muy nuestro...

¡Somos cuatro amigos y la punta de un monte!

Francisco Chávarri.  
G.A.M. de Vizcaya.

Ascensión realizada por las cordadas Miguel Angel Lujua-José Luis Bayón y José Luis Zuloaga-Francisco Chávarri, el 30 y 31 de julio de 1975.

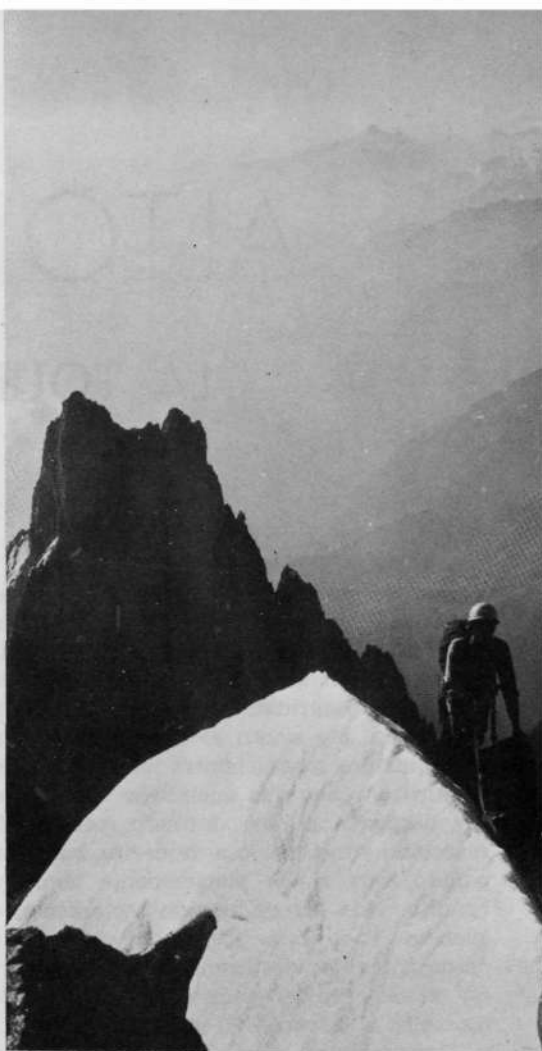
#### DATOS TECNICOS

Es la última de las grandes aristas abierta en la vertiente sur del Mont-Blanc, en 1919. Recorrido mixto de considerable envergadura, en altitud. Pasos de IV.

Tiene dos partes:

- del refugio Monzino al refugio-vivac Eccles, 1.260 metros de desnivel.
- del Eccles a la cumbre 957 metros, entre los 3.850 metros y los 4.807.

(Ref. G. Rébuffat).



Al fondo la Aguja Negra

# ALTO ATLAS

## LA TOUR DE TIKINT

Son las cuatro de la mañana. La lámpara de petróleo del refugio de Imelil, ilumina de pronto la pequeña habitación, de cuatro literas, templada aún de sueño. La noche aplasta su oscuridad contra los cristales de la ventana. Me siento al borde de la litera, froto mis dos manos contra mi cara, bostezo y estiro un poco mis miembros. No sé si estoy despierto o sigo dormido, pero al fin reacciono y me decido a despertar a mi compañero, que ronca plácidamente como un bendito. Nos hemos vestido lentamente, en silencio. Todo está preparado con cuidado desde antes de acostarnos. Hemos desayunado de pie, rápidamente y nos echamos los morrales a la espalda.

Traspasada la puerta, entramos en el frío de la noche. El cielo está muy bajo y nos damos cuenta de que ha llovido al meternos de lleno en unos charcos. Unas ráfagas de viento forman remolinos de hojas de nogal, que se amontonan contra las paredes del refugio. Volvemos la espalda al poblado, silencioso y desierto, sin una luz, sin vacas, sin mulos, sin gente y lentamente emprendemos la marcha. Cada paso nos va alejando de los hombres. Yo voy delante, mi linterna en la mano. Detrás, oigo la respiración forzada de mi compañero, que todavía no ha encontrado su ritmo. El aire es fluido, nuevo, impregnado del perfume de las piedras húmedas.

Metidos de lleno en las tinieblas de la noche, no presto atención más que al estrecho pasillo marcado por el haz luminoso de mi lámpara y al rumor del viento. La monotonía del esfuerzo va calentando nuestros músculos y poco a poco, un paso tras otro,

nos hace encontrar la cadencia de la marcha, subiendo regularmente, sin prisa y sin pausa, a través del bosque de nogales, donde el aire parece estancado, atrapado por la oscuridad, densa como el poso del fondo de un tonel, sujetado por las inmóviles columnas de los árboles. Sólidas musculaturas de raíces retorcidas cruzan de vez en cuando el camino.

Después, el viento, siempre el viento. Viento de amanecer, que nos acompaña en esta oscura madrugada del Atlas. Medio dormidos aún, hemos atravesado el Plano de Aremd, tropezando contra las piedras, bajo las cuales, el arroyo Mizane desliza su silencioso y subterráneo cauce. En lo alto, el cielo no existe y en vano buscamos las estrellas. Sólo la lucecita incierta de un candil, brilla a la altura de las modestas casas del poblado de Aremd, de donde, sin duda, deben estar saliendo ya los ganados. Todavía no se aprecia la línea sinuosa de las cumbres. Solo se siente el viento, el viento...

Roger es mi acompañante. Le conocí hace muchos años, en una ascensión al Mont-Blanc. La caravana, organizada por una Asociación Francesa de la Juventud, estaba formada por tres cordadas y dos Guías de Chamonix. En la subida de Tête Rousse hacia el Refugio de la Aiguille de Gouter, ya nos habíamos hecho amigos y desde aquel momento, formamos cordada juntos. Más tarde, hicimos varias cumbres de los Alpes, durante varias temporadas y cuando tuve que dejar Francia, nos despedimos haciendo las cumbres del Sirac y del Cime du Vallon. Como él tenía familiares en Rabat,